



Ramón Acín *toma la palabra* 6 - Yo no he estado en Madrid



Os ofrecemos el sexto artículo publicado por Ramón Acín. Volvió a aparecer en *El Diario de Huesca* el 15 de diciembre de 1913. No tenemos seguridad acerca de si lo envió desde Madrid o estaba en Huesca. En todo caso, Acín sigue en la línea que emprendió tras su paso por *La Ira* y su nueva etapa en el diario oscense. En este caso haciendo un encendido elogio de Francisco de Goya y de sus *majas* hospedadas en el Museo del Prado. Un divertido texto que comienza por su “no estar” en el otro Madrid del que hace un listado de tipismos perfectamente prescindibles. Nosotros hacemos en esta entrega una excepción en la figura de esos tópicos y os ofrecemos dos textos acerca de *Garibaldi*, un personaje madrileño que fue muy popular y que fue motivo de dos magníficos estudios. Uno que menciona Camilo José Cela en su discurso de ingreso (1957) a la Real Academia Española de dos especialistas en antropología criminalista, el oscense José María LLanas Aguilaniedo y el madrileño Constancio Bernaldo de Quirós, este último fallecido en México exiliado tras la sublevación contra la II República. El otro son fragmentos de Ramón Gómez de la Serna. También debemos mencionar que Ramón de la Cruz (quizá conocido por Goya e inspirador de su obra, particularmente algunos de *Los Caprichos*) no solamente fue un sainetista muy famoso a finales del siglo XVIII sino un vehículo eficaz de las ideas de La Ilustración popularizadas en sus comedias.

Yo no he estado en Madrid

Ramón Acín 15 de diciembre de 1913. *El Diario de Huesca*. (Id. web: ap006)

En noviembre había recibido de la Diputación de Huesca una pensión de formación artística que le iba a permitir, en los dos años siguientes, alternar su residencia entre Zaragoza, Granada, Toledo y Madrid. Precisamente desde Madrid escribe este artículo (que viene acompañado de una autocaricatura con aire romántico) muy en la línea de la defensa del tiempo detenido del arte frente a la popular concurrencia de acontecimientos.

Yo no he estado en la Puerta del Sol a las doce de la mañana cuando cae la bola del reloj de Gobernación, ni he reído por las calles la bufonadas del borracho "Garibaldi", cien veces más popular en Madrid que en Roma lo fuera el auténtico héroe; yo no asistí los días 11 de cada mes y los días 20 y los días 31 a ningún sorteo de lotería con un décimo en la mano y con el corazón hecho un higo seco como si me sorteasen para Marruecos; yo no subí las dos docenas de escalones del Senado ni la docena y pico del Congreso; yo no escuché las músicas del relevo de Palacio ni vi asomarse a Sus Majestades al balcón, ni he pedido a ninguna amiga de ministro ni a la amante esposa de portero alguno un empleo en Hacienda para entrar a las doce, leer la Prensa y salir a la una; yo no bajé al Rastro, especie de inmensa buhardilla del todo Madrid, a comprar un Greco o un Murillo por dos pesetas, ni estuve en *La Bombilla* a marcarme una habanera en media baldosa, ni jugué al corro en el Retiro con las niñeras, ni tomé café en Fornos en la mesa que Zorrilla lo tomaba, ni comí pájaros fritos en las tabernas, ni lloré en la calle de Sevilla la cogida en Méjico de Vicente Pastor¹. Yo no he estado en Madrid.

Sí he estado en Madrid: recuerdo que pasaba muchos ratos en un Museo; allí a la entrada estaba el paisano Goya en bronce duro como su carácter, sordo como en vida lo fue, revolviendo incansable su paleta mágica; allí está como un cancerbero guardando sus joyas, tozudo y fiero al tiempo como el Moncayo y los Mallos de Riglos, más aragonés que ellos y a un tiempo (que todo cabe) más madrileño que don Ramón de la Cruz².

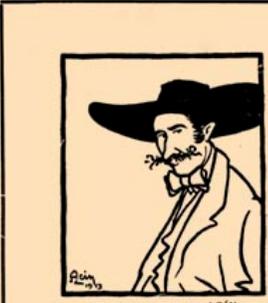
PAGINAS LITERARIAS

YO NO HE ESTADO EN MADRID, por ACÍN

Yo no he estado en la Puerta del Sol a las doce de la mañana cuando cae la bola del reloj de Gobernación, ni he reído por las calles las bufonadas del borracho «Garibaldi», cien veces más popular en Madrid que en Roma lo fuera el auténtico héroe; yo no asistí los días 11 de cada mes y los días 20 y los días 31 a ningún sorteo de lotería con un décimo en la mano y con el corazón hecho un higo seco como si me sorteasen para Marruecos; yo no subí las dos docenas de escalones del Senado ni la docena y pico del Congreso; yo no escuché las músicas del relevo de Palacio ni vi asomarse a Sus Majestades al balcón, ni he pedido a ninguna amiga de ministro ni a la amante esposa de portero alguno un empleo en Hacienda para entrar a las doce, leer la Prensa y salir a la una; yo no bajé al Rastro, especie de inmensa buhardilla del todo Madrid, a comprar un Greco o un Murillo por dos pesetas, ni estuve en *La Bombilla* a marcarme una habanera en media baldosa, ni jugué al corro en el Retiro con las niñeras, ni tomé café en Fornos en la mesa que Zorrilla lo tomaba, ni comí pájaros fritos en las tabernas, ni lloré en la calle de Sevilla la cogida en Méjico de Vicente Pastor. Yo no he estado en Madrid.

Si he estado en Madrid: recuerdo que pasaba muchos ratos en un Museo; allí a la entrada estaba el paisano Goya en bronce duro como su carácter, sordo como en vida lo fue, revolviendo incansable su paleta mágica; allí está como un cancerbero guardando sus joyas, tozudo y fiero al tiempo como el Moncayo y los Mallos de Riglos, más aragonés que ellos y a un tiempo (que todo cabe) más madrileño que don Ramón de la Cruz.

Un día me paró y me dije: «pasa y cuenta en tu pueblo cómo es mi Maja». Y así es el cuadro la Maja desnuda de mi paisano Goya: Desnuda, desnuda como pocos días antes de bautizarla en La Paloma la parió su madre; sin un paño siquiera anudado debajo del ombligo, como el Cristo de Velázquez; sin una gasa por los hombros y por los tobillos como las Gracias de Rubens; sin un mil trapo y una correa a la cintura como el San Sebastián de Van Dyck; sin una diadema en la cabeza como los Venus del Ticiano; sin una triste gorrilla y unos zapatos como las jovencitas de Madrid; ni pendientes lleva, y si los lleva los ocultan



Autocaricatura de ACÍN

tan sus rizos que caen por sus mejillas como cortinillas del Santísimo, como toldo abierto para que pase el sol; ni pendientes lleva ni los necesita, que si joyas buscáis y á pares, allí tenéis

ren abrazos con fuerza de tres lustros, y los pezones son como granos salidos en el mes de Mayo.

¡Dios mío, Dios mío, eso no es lienzo y coloretes, eso es carne, carne, como la carne de nuestras novias! Yo la he visto en verano sudar como sudan las flores y mover los brazos para espantarse las abejas que acuden á sus labios; yo la he visto dar vueltas entre sus almohadones buscando frescura, como un calenturiento; yo la he visto salir á un empleado cuando abría una ventana y entraba á saludarla el fresco del Guadarrama; yo la he visto en invierno con los brazos cruzados abrigándose los pechos y con las rodillas junto al cuello, hecha un ovillo, tiritando, con la carne de gallina y cayéndosele la moquita, gota á gota, como la esencia de los frascos cuentagotas; yo la he visto como una novia desairada, la cara descompuesta, con ojos de gata en celo, castañeteándole los dientes y con los pezones cerrados, menudos como nueces gordas, decirme: «¡cobarde! ¡cobarde! por no sabería robar como á su amiga La Gioconda.

¡Dios mío, Dios mío, eso no es lienzo y coloretes, eso es carne! Yo la he visto los días de romería y los días de toros vestirse delante de los empleados que la contemplan con ojos grandes y sosos como culos de bazo y con la lengua fuera, atontada y tiesos como serpientes que los tocan una flauta mora; yo la he visto ponerse una falda ajustada á las caderas que ensanchaba luego como un clavel boca abajo y un mantón ceñido al cuerpo como las alas de las palomas quietas, de flecos nerviosos como cintas de panderetas y castañuelas andalzas, y unos zapatos más chicos que sus pies chicos; yo la he visto bajar saltando las escalerillas del Museo, como las cardelinas en las ramas de un matazazo; yo la he visto saludar con la mano, como los toreros á su padre Goya, y he visto á Goya tirarle un pincel tinto en oro y echarle su clásica chistera para poner medias suelas á los estuches de sus pines; yo la he visto, yo la he visto subir á una casaca enjaseada con madroños alegres y rojos como orejas de chiquillos y con campanillas que repican á Pasqua, y sentarse á la derecha de un jitano de sombrero ancho como plaza de toros que á los dos quita el sol (bajo pallo como dicen los Cuévaros), y la he visto con la nariz metida en el nudo de su corbata mientras él le leía al oído todo un diccionario de galanterías.

Yo he estado en Madrid: he visto el cuadro la Maja desnuda de mi paisano Goya. ¡Dios mío, Dios mío, eso no es lienzo y coloretes, eso es carne, carne como la carne de nuestras novias!

1 Vicente Pastor y Durán fue herido en una mano en el cuarto de los seis toros que iba a lidiar. No pudiendo continuar la faena, su sobresaliente fue corneado en el quinto y perdió la vida.

2 En el "Monumento a los Saineteros Madrileños", que se inauguró el 25 de junio en la calle de Luchana, figura un busto de Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla (1731-1794), un conocido dramaturgo y autor de sainetes costumbristas muy castizos.



Un día me paró y me dijo: “*pasa y cuenta en tu pueblo cómo es mi Maja*”. Y así es el cuadro la Maja desnuda de mi paisano Goya:

Desnuda, desnuda como pocos días antes de bautizarla en La Paloma la parió su madre; sin un paño siquiera anudado debajo del ombligo, como el Cristo de Velázquez; sin una gasa por los hombros y por los tobillos como las Gracias de Rubens; sin un mal trapo y una correa a la cintura como el San Sebastián de Van Dyck; sin una diadema en la cabeza como las Venus del Tiziano; sin una triste gorrilla y unos zapatos como las jovencitas de Madrazo; ni pendientes lleva, y si los lleva los ocultan unos rizos que caen por sus mejillas como cortinillas del Santísimo, como todo abierto para que pase el sol; ni pendientes lleva ni los necesita, que si joyas buscáis y a pares, allí tenéis dos ojos que no sé cómo miran, y dos ventanas de nariz que respiran de no sé qué manera, y dos brazos que no se sabe qué quieren hacer, y dos pezones que son, como no sé qué, por no decir que los ojos miran con mimo de quince años, y las ventanas respiran con aire de quince primaveras, y los brazos quieren abrazaros con fuerza de tres lustros, y los pezones son como granos salidos en el mes de Mayo.



Francisco de Goya. *Maja desnuda*. Hacia 1795-1800

¡Dios mío, Dios mío, eso no es lienzo y coloretos, eso es carne, carne, como la carne de nuestras novias! Yo la he visto en verano sudar como sudan las flores y mover los brazos para espantarse las abejas que acuden a sus labios; yo la he visto dar vueltas entre sus almohadones buscando frescura, como un calenturiento; yo la he visto sonreír a un empleado cuando abría una ventana y entraba a saludarla el fresco del Guadarrama; yo la he visto en invierno con los brazos cruzados abrigándose los pechos y con las rodillas junto al cuello, hecha un ovillo, tiritando, con la carne de gallina y cayéndosele la moquita, gota a gota, como la esencia de los frascos cuentagotas; yo la he visto como una novia desairada, la cara descompuesta, con ojos de gata en celo, castañeteándole los dientes y con los puños cerrados, menudos como nueces gordas, decirme: “*¡cobarde! ¡cobarde!*” por no saberla robar como a su amiga *La Gioconda*. ¡Dios mío, Dios mío, eso no es lienzo y coloretos, eso es carne! Yo la he visto los días de romería y los días de toros vestirse delante de los empleados que la contemplan con ojos grandes y sosos como culos de vaso y con la lengua fuera, atontados y tiesos como serpientes que les tocan una flauta mora; yo la he visto ponerse una falda ajustada a las caderas que ensanchaba luego como un clavel boca abajo y un mantón ceñido al cuerpo como las alas de las palomas quietas, de flecos nerviosos como cintas de panderetas y castañuelas andaluzas, y unos zapatos más chicos que sus pies chicos; yo la he visto bajar saltando las escalerillas del Museo, como las cardelinas en las ramas de un manzano; yo la he visto saludar con la mano, como los toreros a su padre Goya, y he visto a Goya tirarle un pincel tintado en oro y echarle su clásica chistera para poner medias suelas a los estuches de sus pies; yo la he visto, yo la he visto subir a una calesa enjaezada con madroños alegres y rojos como cerezas en orejas de chiquillos y con campanillas que repican a Pascua, y sentarse a la derecha de un gitano de sombrero ancho como plaza de toros que a los dos quita el sol (bajo palio como dicen los Cuevas), y la he visto con la nariz metida en el nudo de su corbata mientras él le leía al oído todo un diccionario de galanterías.

Yo he estado en Madrid: he visto el cuadro *La Maja desnuda* de mi paisano Goya. ¡Dios mío, dios mío, eso no es lienzo y coloretos, eso es carne, carne como la carne de nuestras novias!.□



Discurso de Camilo José Cela *La obra literaria del pintor Solana*, leído ante la Real Academia Española en su recepción del 26 de mayo de 1957 (Fragmento sobre Garibaldi)

En el artículo anterior, Acín hace referencia a *Garibaldi*, un personaje de “la mala vida de Madrid”. Os ofrecemos unas palabras de Cela, que reproducen a su vez palabras de Bernaldo de Quirós y de Llanas Aguilaniedo [*La Mala Vida en Madrid*, estudio socio-psicológico, 1901], y después unos fragmentos de Ramón Gómez de la Serna.

Garibaldi —Baldomero el Cubero cuando, sano aún, ejercía su oficio— fue un loco (aunque Bernaldo de Quirós y Llanas Aguilaniedo, como ahora veremos, no lo creían así) con veleidades políticas, de «enérgica y diminuta figura... recubierto por un levitón negro y un viejo sombrero de picos galoneado, con unas plumas negras, parecido, al que llevan los ministros en los días de recepción, o al de los porteros del Banco de España y Ministerios», con el pecho «lleno de condecoraciones y arrollado a la cintura un fajín de mando», se paseaba por Madrid bebiendo vino —y no más que vino— y arengando a los estudiantes y a los desocupados con pintorescas soflamas que remataba siempre con el cuádruple grito de: ¡Viva la República! ¡Arriba, caballo moro! ¡Mueran los carcas! ¡Viva *Garibaldi*! Cuando Solana publica su *Madrid callejero*, el pobre títere ya ha muerto. Poco antes le había precedido su mujer: «Se murió de una borrachera por beber aguardiente. Ya se lo dije yo. Si hubiera bebido vino, no se hubiera muerto nunca». Por el tiempo en que Solana nos habla de *Garibaldi* éste ya no era un niño. Bernaldo de Quirós y Llanas Aguilaniedo lo mencionan en 1901, en su libro *La mala vida en Madrid*, con cincuenta y ocho años. He aquí un extracto de la ficha que de él nos ofrecen: «Hay gran diferencia entre verle en la calle..., dando vivas a la República, tuteando a Prim... tratando de *Excelencia* a todo aquel que le invita a una copa..., y verle en la cárcel... perdidos sus bélicos arreos, mustio el semblante, la actitud humilde, substituido el tricornio por un gran gorro verde con arabescos. *Garibaldi*..., está bastante bien conservado, es bajo de cuerpo, y marcialmente plantado. Su madre fue cantinera en el penal de Tarragona; su padre, portero de una Casa de Socorro, murió de un ataque de alcoholismo... Ya el abuelo había sido aficionado al vino, como lo es uno de los hijos de *Garibaldi*, adolescente todavía ligeramente giboso... dado a todo género de vicios... [*Garibaldi*] fue cubero de oficio hasta que pudo convencerse de las ventajas que ofrecía hacerse el loco popular, y convertirse en parásito... *Garibaldi* es microcéfalo; fisonomía simpática, ojos empequeñecidos por la ligera elevación del párpado inferior..., acné rosácea marcada, surcos nasolabiales hundidos inferiormente, temblor de la lengua... sed y hambre crónicas. Odia el aguardiente, por el cual se perece su mujer, más adelantada que él en la intoxicación. Bebe sólo vino, y actualmente delira de veras. Se embriaga a diario, y según le da el vino, va desde la calle a la cárcel o a su casa».

Solana no nos da el nombre de la mujer de *Garibaldi*; Bernaldo de Quirós y Llanas Aguilaniedo tampoco lo hacen. Aunque *Garibaldi* paseó, a veces, en compañía de *La tonta de la Pandereta* —también distinguido eslabón de la «golfería» del Madrid de entonces—, circunstancia que hizo que algunos la creyeran su esposa, la verdadera mujer de nuestro héroe se llamó María Díaz. Solana nos dice que «*Garibaldi* la respeta y la admira porque bebe más que él» y que el matrimonio vive «en el barrio de las Cambroneras, cerca del puente de Toledo y en las márgenes del río Manzanares».

¡Pobre *Garibaldi*, y qué vuelta de vino se pegó en vida! □



Garibaldi en el centro. Foto de Campúa



Palabras de Ramón Gómez de la Serna extraídas de la Sagrada Cripta de Pombo y otros textos.

Selección de Eduardo Alaminos

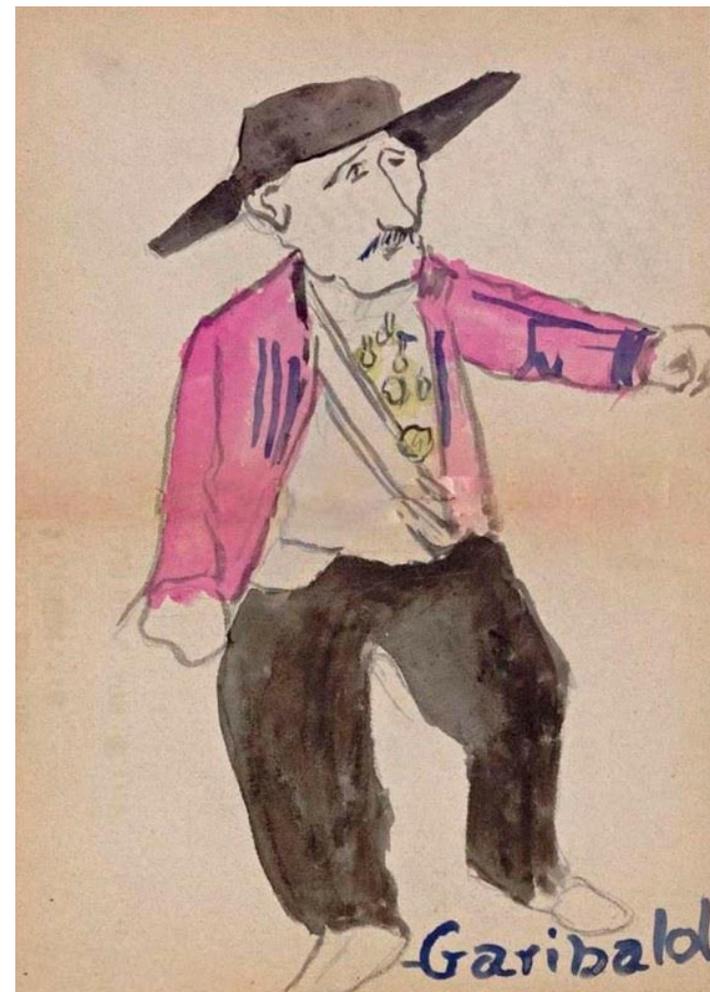
[Garibaldi tenía] gran cara de portero, más que nada de portero mayor de ministerio echado a la calle porque tuvo con el ministro el más terrible descaro...

...con el surco de la boca hundido, con sus bigotes retorcidos y japoneses, con su cabeza pequeña y sus ojos turbios... y vestido con “el sombrero de tres picos... y los pantalones caídos, porque vencía el sostén de los tirantes la mucha calderilla que llevaba en sus bolsillos, iba por las calles como el candidato que recorre el distrito y que copea y se copea en todos los pueblecitos...

...Siempre era el hombre alegre que va a la gran recepción... y Siempre iba a marchas forzadas hacia sitios en que tenía que hacer la caridad de su optimismo... Siempre parecía –escribe– batallador al que le acaban de matar el caballo; pero por eso no pierde el entusiasmo, sino que grita para ensordecer a todos: “¡Arriba caballo moro!” ...

...Tan caudillo valiente era, que consiguió lo más difícil de todo lo que se puede conseguir, y es que la multitud le seguía siempre jaleándole y dándole vivas (...) En medio de todo, y aún con su gran asiduidad en la exhibición, la multitud le respetaba”. A la manera, diríamos, de un demagogo *sui géneris*...

Garibaldi –concluye Ramón– “Tenía bastante idea de la vida y de la realidad; conocía sus itinerarios, sabía en qué momento convenía el grito subversivo, y conocía los figones en que el guiso llena y pertrecha al estómago y al alma”. Sobre el deambular cotidiano del Garibaldi alcohólico (no olvidemos este aspecto de su personalidad), Ramón le ve “pasando por verdaderos precipicios y siendo agredido por las esquinas”; alejándose por las afueras con un tal Ontiveros: “Era amigo de Ontiveros, y se perdían juntos y del braceté en los caminos de las afueras en que se pierden los borrachos. Los faroles de pies de palo, los faroles como zancos de esos andurriales, les miraban asombrados”. A modo de despedida del personaje Ramón lamenta, no sin cierta retórica, no haberse podido despedir de él: “¡Qué lástima no habernos podido despedir de él (...) Si aquí, como debía, hubiese la gran ‘Morgue’ que hay en París y hasta en Lisboa, allí había podido estar expuesto el ilustre finado (...)”, frase que podríamos entender como un epitafio. Un retrato, por tanto, “verídico” y “verosímil” frente a otros artículos que se debieron de publicar en la prensa tras su muerte y que Ramón los rechaza por cursis o sentimentales: “¡Hoy ya, después de leer los comentarios más cursis o sentimentales, que no se referían a su verdadera personalidad de viejo caudillo y viejo tamborilero y pregonero de pueblo”, ha querido fijar su tipo y su carácter. □



Caricatura de *Garibaldi* realizada por Ramón Gómez Serna, 1901-1902





YO HE ESTADO EN MADRID,

por ACÍN

Yo no he estado en la Puerta del Sol á las doce de la mañana cuando cae la bola del reloj de Gobernación, ni he reído por las calles las bufonadas del borracho «Garibaldi», cien veces más popular en Madrid que en Roma lo fuera el auténtico héroe; yo no asistí los días 11 de cada mes y los días 20 y los días 31 á ningún sorteo de lotería con un décimo en la mano y con el corazón hecho un higo seco como si me sortearan para Marruecos; yo no subí las dos docenas de escalones del Senado ni la docena y pico del Congreso; yo no escuché las músicas del relevo de Palacio ni vi asomarse á Sus Majestades al balcón, ni he pedido á ninguna amiga de ministro ni á la amante esposa de portero alguno un empleo en Hacienda para entrar á las doce, leer la Prensa y salir á la una; yo no bajé al Rastro, especie de inmensa buardilla del todo Madrid, á comprar un Greco ó un Murillo por dos pesetas, ni estuve en La Bombilla á marcarme una habanera en media baldosa, ni jugué al corro en el Retiro con las niñeras, ni tomé café en Fornos en la mesa que Zorrilla lo tomaba, ni comí pájaros fritos en las tabernas, ni lloré en la calle de Sevilla la cogida en Méjico de Vicente Pastor. Yo no he estado en Madrid.

Montaje con el primer párrafo del artículo al que se ha cambiado el título por “Yo he estado en Madrid”, probablemente realizado por el mismo Acín

